

Solidaridad en la desgracia: los pescadores de El Soconusco luego del paso de Mitch por su región¹

Graciela Alcalá
Centro de demografía y desarrollo urbano
El Colegio de México

La noche era muy oscura... toda la costa Este permanecía invisible bajo una espesa capa de nubes, que el monzón había acumulado, empujándolas hacia aquel sitio durante todo el día. Al caer el sol, las nubes, bajísimas, se encendieron un momento y luego quedaron como prendidas en las copas de los altos árboles, henchidas de lluvia, amenazadoras y terribles.

Joseph Conrad
"Un vagabundo de las islas". p. 185

En octubre de 1998 la costa de Chiapas se convirtió en noticia de primera plana en los periódicos locales y nacionales debido a las inundaciones masivas sufridas a consecuencia de las lluvias torrenciales que el huracán "Mitch" vertió sobre la Sierra Madre de Chiapas, la entresierra en su vertiente al Pacífico y en la planicie costera chiapanecas.

Luego de las primeras reacciones de los medios de comunicación—cuyos emisarios se dedicaron a mostrarnos crudas imágenes del desastre mientras acompañaban al presidente de la república en las diversas giras que efectuó entonces por la región— nadie volvió a mencionar la situación de los costeños ni las consecuencias a mediano y largo plazos del meteoro, menos aún a informar cuál había sido la actuación de las víctimas y de sus vecinos próximos frente a tales desventuradas circunstancias. Ni qué decir del hecho de que nadie mencionó siquiera el papel que habían jugado los pescadores de la región durante los momentos cruciales de la inundación.

¹ Dedico este artículo con todo respeto a los pescadores solidarios de Puerto Madero, Chiapas, y a don Manuel del Valle quien, espontáneamente, les organizó para socorrer con víveres, combustible y apoyo moral a cientos de damnificados soconusquenses.

Este texto ha sido escrito a casi seis meses de ocurridas las inundaciones provocadas por el huracán Mitch en la costa chiapaneca y está basado en el trabajo de campo que efectué en ella durante los meses de noviembre y diciembre de 1998. Me interesa destacar en cuatro apartados los cambios ocurridos en las vías de comunicación terrestres de la llanura costera luego del paso del huracán, para luego mostrar al lector, en ese contexto, el papel de los pescadores frente al evento y abordar a continuación el tipo de problemas torales a los que ellos deberán enfrentarse en los próximos años.

Me mueve a escribir este texto no sólo la necesidad de oponer información confiable a la “desinformación” maniquea y amarillista de periodistas sin escrúpulos que no se dedican a su oficio que es el de informar, sino a crear “realidades virtuales” que impiden actuar con la premura que se requiere en situaciones de contingencia, sino fundamentalmente el interés de hacer ver a los chiapanecos el valeroso papel que jugaron los olvidados pescadores de El Soconusco durante aquéllos aciagos días, y cuál es la situación que ahora enfrentan.

La información difundida luego del paso de “Mitch” por la costa chiapaneca aseguraba que los pueblos litorales habían “desaparecido” sepultados, como Valdivia, por el agua y el lodo. Inmediatamente después la información periodística se centró en anunciar las cantidades de dinero destinadas a “la construcción de casas para los damnificados” y a insistir en que el presidente de la república había girado instrucciones precisas “a los titulares de distintas secretarías” para que hicieran hasta lo imposible por poner en funcionamiento las maltrechas vías de comunicación y reactivar así “la economía regional” (What ever that means).

El hecho de que “los comunicadores” perdieran de vista el entorno social de la costa chiapaneca no me sorprendió, siendo como son en su mayoría desconocedores del mismo y habiendo —como hay diariamente— tantas tragedias en la vida nacional que distraen la atención sobre lo que sucedió ayer o hace unas cuantas semanas a nuestros conciudadanos de diferentes estados.

Sin embargo, para muchos de nosotros la noticia que en aquellos días portaban los periódicos locales y nacionales respecto a que los pueblos ribereños de la costa chiapaneca “habían desaparecido” y de que no se tenía comunicación con ellos ni se sabía cuál era el número de víctimas, cayó como balde de agua helada sobre nuestra de por sí destemplada humanidad.

Me invadió entonces la urgencia de ir rápidamente hacia la costa de Chiapas espoleada por la necesidad de saber qué había pasado con los cama-

radas pescadores —habitantes de los pueblos ribereños “desaparecidos” bajo las aguas—, de volver a comunicarme con los amigos tapachultecos urbanitas, de mirar con los propios ojos en qué se había convertido aquel amado paisaje de lagunas costeras azolvadas y pampas de agua en proceso de desaparición alrededor de las cuales hombres y mujeres, animales y plantas, dan una ruda batalla cotidiana intentando “simplemente” sobrevivir.

Con la memoria extraviada por entre las imágenes televisadas de ríos descomunales (que nunca antes había visto en la costa chiapaneca luego de trabajar en ella durante diez años), obnubilada la función del pensar por un enmarañado nudo que de la garganta se deslizó hacia el corazón congestionando a su paso el fluir de lágrimas y también la secuencia consoladora de algún tipo de análisis racional, me preparé para emprender un viaje que en aquel momento me pareció hacia los sepulcros, en donde la muerte no debería distraer mi atención de antropóloga en busca no sólo de las cenizas húmedas de camaradas, de congéneres, sino también de respuestas sobrias a las preguntas que, simultáneamente —si ello es creíble— empezaron a emerger de alguna parte de mí. Preguntas nacidas de mi “deformación profesional”, una “deformación” que como escudo frente a la tragedia de mis semejantes me permitió más tarde mirar y distinguir lo que miraba, preguntar y escuchar las respuestas de mis interlocutores, descorrer el velo de lo inmediato de cara a lo mediato.

Antes de salir de San Cristóbal de Las Casas —en donde vivía— camino a la costa, recurrí a algunos amigos que trabajan en organizaciones no gubernamentales para sugerirles —tímidamente— que se ocupasen un poco de ir al encuentro de los damnificados costeros para apoyarles particularmente en aquello en lo que los “oenegistas” son expertos: la organización de la gente para recibir los apoyos y ayudas que estarían llegando de parte del gobierno federal. Para mi sorpresa, y luego de algunas frases esquivas, estos amigos terminaron por confesarme con sinceridad no exenta de pena que sus colegas “oenegistas” no estaban dispuestos a apoyar la organización de “comunidades que no fuesen zapatistas”.

Enmudecida por esa respuesta me concentré entonces en obtener, por un lado, la colaboración de un amigo fotógrafo con probada sensibilidad que pudiese acompañarme a la costa y, por otro, en precisar el perfil de las preguntas que tenía en mente: ¿Cómo responden los distintos grupos sociales de una determinada región ante las situaciones de peligro que las erróneamente llamadas “catástrofes naturales” deparan a sus habitantes?, ¿cuáles

son los mecanismos de la propia organización social que se ponen en juego o que se inventan ante el desastre producido por una inundación, por un temblor, por una epidemia?, ¿quiénes de entre cada grupo social que conforma una sociedad se movilizan para enfrentar el peligro y por qué razones?, ¿cuáles son sus expectativas al hacerlo?

Estas y muchas otras cuestiones llevaba a manera de equipaje cuando me dirigía hacia la costa chiapaneca acompañada por el amigo fotógrafo José Angel Rodríguez embarcada en un avión que nos permitiría, por breves instantes, observar al menos un plano de conjunto del litoral tapachulteco.²

Efectivamente, al ir aterrizando el avión en que viajamos, miramos la planicie costera durante varios minutos que nos parecieron tan cortos como un suspiro reprimido. Reconocimos sólo las dos ciudades de El Soconusco —Huixtla y Tapachula—, y admiramos la novedad de planadas enaguachadas todavía y de nuevos surcos ondulantes entre la serranía reflejando como cristal el agua que los había formado y que, aún, como delgado hilo, la recorrían cuesta abajo. Entonces recordé con nostalgia las palabras siempre sabias de Jaime Sabines:

*Ocurre que la realidad es superior a los sueños. En vez de pedir
"déjame soñar", se debería decir: "déjame mirar".*

Jaime Sabines

Otro recuento de poemas 1950-1991

P. 191

La cuenca chiapaneca costasierra: sus características hidrológicas

Las inundaciones de octubre de 1998 en la costa chiapaneca cambiaron su perfil. Las huellas dejadas por el agua de lluvia y por sus efectos sobre la sierra y la planicie costera del corredor chiapaneco seguirán apreciándose seguramente durante largos años.

Siendo una costa de colisión continental en la que convergen las llamadas placas de Cocos, de Norteamérica y del Caribe, se encuentra enmarcada por dos rasgos estructurales de primer orden: una Trinchera oceánica (la Trinchera Mesoamericana) y las cadenas montañosas continentales que corren a

² José Angel tomó cientos de fotografías que, desgraciadamente todavía no están listas para publicarse pero que en un futuro próximo podrían ser la columna vertebral de un texto que dé cuenta de lo que describiré más adelante.

lo largo de la vertiente occidental del territorio mexicano (la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre de Chiapas).³

Una estrecha dependencia, respecto de la constitución litológica del área y de sus sistemas de fallas y fracturas, controla por entero la red de drenaje superficial de la costa.

Integrada en la Región Hidrológica 23, cuyos ríos descienden bruscamente por las laderas y los flancos de sus cadenas montañosas hacia la planicie costera y el litoral, esta zona tiene un alto gradiente y elevadas tasas de acarreo de sedimentos por unidad de área. Aunque conformada por cuencas de drenaje medianas y pequeñas, los potenciales erosivos de esta región se multiplican al estar ubicada en una zona de clima tropical húmedo con precipitaciones que alcanzan en promedio hasta 4 000 mm anuales en El Soconusco y más precisamente, en los alrededores del volcán Tacaná, mitad mexicano, mitad guatemalteco.

Imaginaré el lector que cuando la mayor parte del volumen de agua de lluvia anual cae en unos cuantos días, los potenciales erosivos de la región pueden alcanzar dimensiones extraordinarias, tal como fue el caso a fines del año pasado. Esto era ya bien sabido:

“La constitución litológica de la Sierra, formada por macizos cristalinos, los bruscos cambios de pendientes, el transporte y la depositación de grandes volúmenes de azolve en la planicie costera y los depósitos litorales, otorgan un marcado dinamismo a esta región hidrológica, que se manifiesta en una alta susceptibilidad a las inundaciones.”⁴

Por su estructura, que determina en buena medida su comportamiento hidrológico, la sierra y la llanura costera chiapanecas constituyen una “cuenca”. Los especialistas en disciplinas sociales solemos olvidar el hecho de que montaña y llanura costera forman una unidad geográfica interdependiente.

La cuenca costera chiapaneca tiene de por sí una “alta susceptibilidad a las inundaciones” y, al haber sido grandemente alterada durante los últimos años, sólo se ha logrado acrecentar esa “susceptibilidad” al aumentar la

³ Esta descripción la he hecho utilizando libremente el completo y prolijo libro de Alejandro Toledo 1994 *Riqueza y pobreza en la costa de Chiapas y Oaxaca*, Centro de Ecología y Desarrollo, México, particularmente las páginas 17-24.

⁴ *Ibid.*, p. 28

deforestación de la entresierra y de la misma planicie costera para dar paso a una ganadería extensiva de muy bajo rendimiento (una hectárea de pastizal para una vaca!) y a una agricultura de cultivos de exportación que requiere de talar por completo la vegetación natural para asentarse. Las serranías “peladas” y la estrecha llanura costera amputada de su selva tropical son escenarios más que propicios para sufrir una erosión creciente, en especial cuando las lluvias torrenciales descargan sobre ellos más de 1 500 mm en un par de días, tal y como sucedió en octubre de 1998.⁵

Las lluvias torrenciales que cayeron en la sierra y la entresierra chiapanecas durante casi dos semanas no encontraron el obstáculo de una vegetación tupida, de árboles añosos que detuvieran la tierra entre sus raíces impidiendo el feroz acarreo de materiales. El agua cargada con esos materiales orgánicos e inorgánicos y con todos aquéllos que encontró a su paso —casas, menajes, cuerpos de animales y de seres humanos— llegó a la planicie de escasa vegetación para inundarla, haciendo desaparecer incluso los bordos de contención (chaparros muros de tierra compactada hechos sacando tierra de un lado para acumularla en otro) construidos a lo largo de diez años por la Comisión Nacional del Agua.

Así, la costa de Chiapas (especie de paralelepípedo rectángulo de doscientos treinta y tantos kilómetros de largo por cincuenta de ancho, con alturas máximas sobre el nivel del mar hacia el noroeste, en Cerro Tres Picos, de casi dos mil metros y, en su extremo sureste, en el Volcán Tacaná, con más de cuatro mil) fue dividida por efectos de las inundaciones en tres zonas diferentes.

1) La “zona noroeste”, localizada desde la Sierra Morena (alrededor de Tonalá) con 1000 m.s.n.m. hasta el Cerro La Panela con 1500 m.s.n.m. aproximadamente, que muestra en las laderas de los cerros grandes grietas abiertas por el torrente.

Es la zona más deforestada del conjunto y también la menos húmeda. Está ocupada casi en su totalidad por la ganadería extensiva, pero prácticamente inhabitada en sus laderas. Esta zona sufrió serias averías en sus tierras de agostadero. En cambio su Mar Muerto y sus lagunas costeras, al inundar-

⁵ Es necesario decir que la parte alta de El Soconusco, la zona menos dañada por “Mitch” de toda la costa chiapaneca, es aquella en donde se encuentran las plantaciones de café. Este cultivo es el único que no ha deforestado por completo la selva caducifolia original, sino que por el contrario ha mantenido una cerrada vegetación arbórea que da sombra al café. En la franja del café no se observan los arroyos pedregosos y ahora secos que la abrupta caída del agua de lluvia ha dejado en la pendiente de la sierra a la costa en el resto del territorio costero.

se también, recuperarán seguramente en un futuro próximo parte de su pérdida vitalidad.

Los ganaderos de la zona intentaron que sus peones ayudaran a sacar el ganado sobreviviente de los pastizales, sin lograrlo: “la gente se espantó” y no quisieron entrar a esos pastizales anegados como nunca antes en el transcurso de esta generación. Simultáneamente los ganaderos procuraron desde noviembre de 1998 que el gobierno federal les apoyara abriendo brechas y les otorgara préstamos para adquirir más ganado, pero hasta la fecha continúan los trámites.

2) La “zona centro” comprendida aproximadamente entre el Cerro Los Moreno (1500 m.s.n.m.) y Novillero (2000 m.s.n.m.) en donde los ríos aumentaron su caudal hasta alcanzar una anchura de cien metros y más en las tierras bajas.

Los habitantes de las laderas serranas de esta zona de frontera entre la llamada Región Istmo-Costa y la región Soconusco fueron los más afectados no sólo porque los ríos que descienden por aquellas laderas se engrosaron y se derramaron cuesta abajo con una fuerza capaz de mover rocas de varias toneladas de peso y árboles de más de quince metros de altura, sino porque, además, de aquel diluvio de unos cuantos días nacieron otras muchas escorrentías que al no encontrar resistencia vegetal a su paso irrumpieron con igual fuerza abriendo nuevas pendientes en donde nadie las esperaba.⁶

3) La “zona sureste” localizada en el extremo del corredor costero, en pleno Soconusco, y que se extiende más allá de la frontera con Guatemala, en donde lagunas costeras y pampas crecieron rápidamente conformando un enaguachado paisaje en el cual muchas brechas asentadas sobre montículos construidos por el hombre, caminos de a pie y para vehículos de todo tipo, se perdieron de vista.

Bajo los efectos del huracán “Mitch”, la planicie costera volvió a convertirse en el territorio anegado que había sido en décadas anteriores durante la temporada de lluvias, es decir, una llanura inundada por agua dulce —especialmente fértil debido al acarreo de materiales orgánicos— en donde miles de hombres y mujeres intentaban salvarse de los efectos mortíferos y devastadores de las avalanchas de agua, lodo, piedras, árboles desgajados que caían desde la entresierra para depositarse formando nuevos lechos de escorrentías o retomando los caminos de antiguos ríos.

⁶ En esta franja precisamente se encontraba el poblado de Valdivia, cuyas imágenes televisadas conmovieron a la opinión pública. Con el agravante de que este poblado se encontraba entre dos ríos que, ensanchados, se volvieron uno y arrasaron el poblado a su paso.

Las comunicaciones en el litoral chiapaneco después del desastre

En términos macro-geográficos la llanura costera chiapaneca (aun teniendo un rostro formado en buena medida por lagunas costeras, manglares y zonas de inundación temporal) es, gracias a la estrecha cintura centroamericana, un corredor natural sede de vías de comunicación terrestres que facilitan la relación entre los habitantes del territorio de América del Norte y los de América del Sur. Pero además y particularmente, comunica a los mexicanos que habitan al norte del Istmo de Tehuantepec con quienes viven al sur del mismo y con el resto de naciones centroamericanas.

Con el fin de agilizar esa comunicación —cuya historia es ya milenaria— se construyó la vía férrea a fines del siglo pasado y, a mediados de este siglo la llamada Carretera Panamericana.

Hasta antes de las inundaciones, la carretera era en realidad dos: “la vieja” y “la nueva”, paralelas en algunos tramos. Durante los últimos doce años, al lado de la que se ha dado en llamar “vieja carretera” y de los “viejos puentes” que la hicieron posible como vía de tránsito continuo, se construyó una “nueva carretera” de cuota por la que pocos vehículos automotores transitaban debido a los altos costos del peaje.

Por efecto de las inundaciones, la nueva carretera quedó prácticamente destruida y todos, absolutamente todos los 22 nuevos puentes se cayeron. Hoy en día la comunicación por tierra en la costa chiapaneca es posible gracias a la vieja carretera y a los puentes viejos que quedaron en pie. El agua de los ríos pasó por encima de la mayoría de ellos, viejos y nuevos, y sólo los viejos resistieron su embate y continúan dando servicio.

Esto lo comprobamos personalmente cuando, llegados a Tapachula por vía aérea y gracias al apoyo incondicional de otro gran amigo, Francisco Escudero —quien nos proporcionó un vehículo adecuado a la travesía que nos habíamos propuesto, y los experimentados servicios de su chófer privado— pudimos recorrer la costa chiapaneca desde Puerto Madero hasta Tonalá de ida y vuelta.

Pudimos entonces mirar y saber a ciencia cierta que la “nueva” carretera costera había prácticamente desaparecido cuando sus 22 puentes cedieron a la fuerza de las aguas de anchurosos ríos portadores de enormes árboles que, desgajados o arrancados de raíz, obstruían las dilatadas corrientes junto a rocas con más de dos metros de diámetro —especie de cantos rodados lanzados cuesta abajo en una farragosa pendiente por entre las laderas deforestadas de la sierra— que, al descender precipitadamente de las monta-

ñas habían quedado atrapadas en la llanura costera entre astillas gigantescas de cemento y asfalto resquebrajado y toneladas de limo y detritus orgánicos diversos.

En el tramo Tapachula-Tonalá, de entre los puentes nuevos sólo el Sesecapa resistió en pie, pero quedó seriamente dañado. Los puentes sobre el río Mapastepec, el viejo y el nuevo fueron destrozados por la corriente, pero mientras del nuevo ni huella quedó, el viejo tiene aún en pie sus anchas bases de concreto y parte de su cinta asfáltica.

El puente Margaritas (Joaquín Manuel Gutiérrez), el Echegaray, el Pijijiapan, el Urbina, el San Diego, el puente del kilómetro 121, el puente del kilómetro 114, el puente frente a Rancho Llano Grande, el puente Tres Picos, el Ocuilapa, el Quetzalapa y, finalmente, el puente a la entrada a Tonalá —situado al lado de la antigua empacadora de camarón propiedad del Sr. Murúa, fallecido hace apenas un par de años—, todos ellos están destruidos, por lo que es imposible transitarlos. La magnitud del desastre es tal que todavía no es posible aquilatarlo en todas sus dimensiones.

Hasta antes de octubre de 1998 la gente de la costa se quejaba amargamente de la mala calidad de la carretera nueva, del alto costo del peaje y de la falta de vigilancia en ella. Antes y durante la construcción de la carretera nueva, muchos solicitaron a las autoridades correspondientes que en lugar de construir una nueva vía, se ampliase la ya existente. Nadie hizo caso a esta solicitud.

Hoy en día, la desaparición de la nueva carretera y el estado en que ha quedado la vieja, la más sólidamente construida y quizá mejor ubicada en relación con las corrientes crecidas de los ríos que la cruzan, da la razón a quienes denunciaron las "transas" en la construcción de la nueva. Y el silencio que reina entre las autoridades estatales y federales al respecto, la falta de explicaciones "técnicas" incluso del porqué de la caída de todos los puentes nuevos, es un obstáculo infranqueable que impide fincar responsabilidades concretas a sus constructores, pero aun así no cabe duda de que hay responsables encubiertos que sería preciso desenmascarar.

El otro medio de comunicación terrestre en el litoral chiapaneco (en donde se ubican las regiones denominadas oficialmente Istmo Costa y Soco-nusco) es el ferrocarril. La vía férrea también fue dañada por las inundaciones, pero se encuentra funcionando.

La tercera vía de comunicación en el litoral, una vía de la que nadie habla, es precisamente la ribera marina por donde se desplazan cientos de

embarcaciones pesqueras, es decir, lanchas de fibra de vidrio con motor fuera de borda de entre 50 y 75 caballos de potencia y con capacidad de carga de entre una y tres toneladas.

Si bien desgraciadamente no existe una red de transporte particular en el litoral marítimo chiapaneco, los pescadores de la región transitan por éste continuamente y conocen las distintas condiciones de todos sus tramos, aunque casi ninguno de estos hombres tiene experiencia de navegación a todo lo largo de los más de 250 kilómetros de litoral chiapaneco.

Una cuarta vía de comunicación entre Tapachula, la ciudad capital del chiapaneco Soconusco, y el resto del país es la vía aérea gracias a que existe un aeropuerto bien construido a las afueras de dicha ciudad.

Por vía aérea circulan:

1. dos aerolíneas comerciales, Aeroméxico y Aviaca;
2. los aviones pequeños y avionetas propiedad de particulares;
3. los aviones y helicópteros propiedad del Ejército Mexicano tripulados por elementos de la Fuerza Aérea Mexicana; y
4. los aviones y helicópteros de las dependencias policíacas estatales y federales.

Rota la comunicación por tierra —pues las carreteras costeras habían sido prácticamente destruidas por las inundaciones, y la carretera que comunica la llanura litoral con los Altos de Chiapas vía el tramo carretero Huixtla Motozintla también— las únicas dos vías de comunicación en la franja costera chiapaneca fueron, durante largas semanas, la vía aérea y la vía acuática.

La organización del tránsito por la carretera después de “Mitch”

Durante los primeros días posteriores a las avalanchas provocadas por las lluvias, el problema toral al que se enfrentaron los habitantes de la llanura costera y las autoridades estatales y sobre todo federales que les prestaron ayuda fue la imposibilidad de la comunicación por tierra. Las carreteras casi destruidas y bloqueadas impedían la llegada de víveres, combustible y demás artículos necesarios para el auxilio a los damnificados y para la reconstrucción. Fue prioritario entonces restablecer de alguna manera la comunicación terrestre para permitir el abastecimiento regular de la región.

Para el efecto el Ejecutivo Federal ordenó la compra de varios puentes imprescindibles para rehabilitar el paso entre anchurosos y crecidos ríos que, en el municipio de Pijijiapan, impedían por completo la comunicación entre la llanura costera chiapaneca y el resto del país.

Ilusamente quienes nos precipitamos a ir a la costa en aquéllos momentos considerábamos que la organización de la comunicación terrestre sería asegurada por las autoridades militares responsables apoyadas por los elementos de policía y tránsito estatales y locales quienes no sólo se dedicarían a colocar letreros que informasen sobre las condiciones de la carretera y sobre todo de la rotura de la cinta asfáltica y de la inexistencia de los puentes, sino particularmente a vigilar estos lugares y a tener preparados los auxilios necesarios en caso de una desgracia. Pero para tragedia de muchos automovilistas que pagaron con su vida esta falta de atención de las autoridades, el abandono de lo que quedó de las carreteras fue casi absoluto.

Fue este abandono precisamente lo que propició innumerables accidentes que costaron la vida de un número indeterminado de personas. Durante el primer mes posterior a las inundaciones, tenemos noticias precisas de más de una decena de vehículos particulares que, transitando de noche por la comprensible desesperación de sus tripulantes urgidos de llevar auxilio a familiares y amigos o de averiguar qué había pasado con ellos, cayeron en el vacío y se los llevó la corriente de los crecidos ríos, con sus tripulantes dentro.

Varios camiones de carga sufrieron una suerte parecida.

Casi dos meses después de las inundaciones, la falta de señalización en:

1. los lugares en donde los puentes habían desaparecido, y

2. los tramos de la vía terrestre por donde era necesario transitar por la vieja carretera y aquéllos en donde sólo era posible hacerlo por nuevas brechas abiertas con trascabos, propiciaron accidentes que costaron la vida a más de dos docenas de personas. Vidas que pudieron haberse salvado si tan sólo las autoridades de tránsito hubiesen cumplido mínimamente con su deber.

Ciertamente el abandono no fue total, pero casi. A la vera de algunos de los puentes —y sólo de algunos— “elementos uniformados” sentados sobre piedras elegidas *ad hoc*, miraban distraídamente el paso de las caravanas de autos que difícilmente transitaban por las recién abiertas brechas sin prestarles el auxilio de la información necesaria para continuar adelante sin peligro. Ningún letrero a la vista, ninguna señal que pudiese guiar al conductor de un vehículo por esa carretera sembrada de trampas mortales en las que algunos, desgraciadamente, seguían perdiendo la vida varios meses después de haber sucedido las inundaciones.

Al transitar por esa carretera en aquéllos días de noviembre y diciembre de 1998, las imágenes del paisaje destruido y el continuo tránsito a pie de los costeños caminando organizados en fila india cargando enseres domésticos y recogiendo leña que anudaban en atados y llevaban a sus espaldas o a lomo de mula mansa y desnutrida nos recordaron el éxodo de poblaciones enteras huyendo de alguna guerra “nacionalista” africana.

Durante más de una semana hablamos con la gente que por ahí circulaba mientras José Angel tomaba fotografías que dieran cuenta del espectáculo desolador. Entonces sólo algunos ancianos y niños se acercaban a comentarnos sus experiencias, a compartir con nosotros sus recuerdos de la avalancha mortal que había llevado hasta ahí no sólo aquello que estábamos mirando, sino también lo que había seguido su camino por el río cuesta abajo en dirección al mar: casas enteras, muebles, utensilios domésticos, cadáveres de personas y de animales, detritus de todo tipo.

Cruzando el puente de Huixtla (ique en Tapachula nos habían informado que se había caído!) nos detuvimos a mirar a tres hombres, cada uno cargando sobre su hombro un grueso tronco de bambú de más de cinco metros de largo. Estos hombres estaban construyendo la nueva casa de uno de ellos pues la anterior —situada a la vera del río, en terreno federal, como cientos de otras— se la había llevado la avalancha. El hombre y su familia habían salvado la vida gracias a que hicieron caso de las advertencias que por radio les hicieron las autoridades cominándoles a refugiarse en otro lugar. Ahí, sobre el puente que se bamboleaba al paso de los camiones de carga, sin detener su andar, estos hombres conversaban con don Ignacio, un anciano vecino del puente quien luego nos contó esta historia:

“La lluvia estuvo bien fuerte, día y noche duró y se avisó a todos que desalojaran sus casas porque la avenida sería muy grande. Ya de antes le habían dicho a la gente que se fuera de ahí porque no era buen terreno y hasta la autoridad les había dado terrenitos por allá, más lejos, pero mucha gente vendió esos terrenos y se regresó a los de antes... ahí los cogió el río... bueno, se entiende que muchos no querían dejar su casa, sus cositas, sus animalitos, para no perderlos... pero por quedarse con ellos el río se los llevó a todos. Por aquí mirábamos pasar en el caudal vacas, perros y hasta gente. Quien sabe cuantos cristianos venían de allá arriba dando tumbos con el agua, revueltos entre todo el basural que se vino... Mire ahí señora, ahí están todavía los postes y el

arenal que traía el río... Pero ya ve, la gente es necia y no entiende y luego se queja de que nadie les avisó. Pero aquí sí avisaron, y hasta pasaron hartos soldados para ayudar a la gente a salir, pero el que no quiso pues no se fue... y ni modos... ahí quedó... "

"Ya antes había pasado así. Hace muchos años sin huracán y sin nada de eso el río se había llevado casas y todo como ahora, pero la gente se olvida y cuando les dice uno que el río estaba hasta por allá donde lo ve ahora, pues no le creen a uno... "

"Mi papacito que siempre vivió por aquí me contaba y luego cuando yo era chamaco me tocó comprobar que lo que decía mi papacito era cierto... que todo por aquí se anegaba... Pero no tan de repente como ahora, que todo se nos vino de allá arriba... pero pues cómo no se va a venir toditito si ya no hay qué detenga el agual..."

Actuación de los pescadores tiburoneros de Puerto Madero durante las inundaciones

"Su pecho parecía dilatarse al oír aquel susurro. Era el río que tanto conocía, las aguas que corrían veloces, interminables, siempre hacia el mar, portadoras de penas o de alegrías, de triunfos o de derrotas; las aguas oscuras, que podían llevar o traer amigos o enemigos, nutrir el amor o el odio en su fondo, salvar la vida o dar la muerte; en una palabra: allí estaba el gran río, que era a la vez la libertad, la prisión, el refugio o la sepultura."

*Joseph Conrad
"Un vagabundo de las islas" p. 186*

La información periodística respecto a que los pueblos ribereños habían desaparecido resultaron falsas.

En tiempos "normales" la precipitación pluvial en la llanura costera es más de tres veces superior en la entresierra que en el litoral. Pero además, la abrupta pendiente entre aquélla y la costa obliga a que los ríos cortos que la atraviesan en dirección norte-sur, cuando están crecidos, arrastren todo a su paso. Y es precisamente en estos sitios en donde se localizan los pueblos y

ciudades más grandes de la costa, incluida la ciudad capital regional, Tapachula, una ciudad atravesada por varios ríos, entre ellos el Coatán y el Coatancito.

En realidad, la destrucción fue mucho mayor en la entresierra y en el centro de la llanura costera —en donde se construyeron las carreteras entre Tapachula y Tonalá— que en el extremo de aquélla que llega hasta el mar.⁷

Pero en la franja costera que se encuentra entre las carreteras que atraviesan la zona de sureste a noroeste, y el océano Pacífico, que es en donde se encuentran las lagunas costeras, los esteros y manglares y en donde los ríos que desembocan en el Pacífico adquirieron su mayor anchura, lugares en donde habitan los pescadores de El Soconusco en pequeñas poblaciones, en asentamientos que podríamos llamar dispersos y hasta en algunas cabeceras municipales, el problema capital fue el de su aislamiento.

Era imposible salir de esos lugares para abastecerse de alimentos y combustible: la gente se veía “en una isla” rodeada de agua más o menos turbulenta que permaneció “con crecida” durante largas semanas. Así que abastecerles sólo era posible por vía acuática y en mucho menor medida, aérea, ya que los claros entre las casas y el agua que las rodeaba no permitían el aterrizaje ni siquiera de helicópteros. Algunos habitantes de estas enaguachadas tierras casi firmes recibieron basamentos gracias a helicópteros y avionetas militares que los dejaron caer en cajas prendidas a paracaídas.

Si bien los pueblos y asentamientos humanos más cercanos al mar se inundaron, y en muchas casas el agua subió más de un metro de altura, éstas no fueron destruidas por la avalancha ya que el agua llegó hasta ellos “más mansita, pues...”, como me explicaron muchos pescadores de Suchiate, de Puerto Madero, de La Palma, de Barra de Zacapulco:

“El problema no éramos nosotros, que mal que bien pudimos salir de las para irnos a las partes altas o que nos fuimos a refugiarnos en casa de Manuel, que tiene dos pisos, y él y su señora nos dijeron que si venía más agua pues nos subíamos todos a la azotea... El problema era la gente de más arriba (tierra adentro. Aco-tación: Graciela Alcalá), los que estaban a las orillas de los ríos, de los arroyos que se crecieron de un momento a otro y que venían revueltos... Esos pobres de plano les llegó todo el trancazo de agua y ni tiempo dio para salir con sus hijitos... Y luego, que

⁷ Si hubiese podido tener un pensamiento lógico, racional, hubiese deducido este hecho sin mayor dificultad, sabiendo como sabía que la cuenca hidrológica sierra-costa chiapaneca tenía un funcionamiento predecible en circunstancias de lluvia huracanada.

nadie llegaba a ayudarlos y cuando fuimos nosotros nos decían: "Por piedad saque a mis hijitos, a mi mujer, a los puerquitos"... pero nosotros sólo podíamos sacar a la gente o dejarles comida a los que no se querían salir! ... Viendo como estaba todo, le daban a uno ganas de llorar y cuando nos veían llegar y les decíamos que qué les hacía falta hasta nos abrazaban y no nos querían dejar salir ... Pero usted cree que podíamos quedar ahí si veíamos a otros que estaban peor, que iban con sus hijitos cargados con el agua que les llegaba hasta el cuello!, no, que va!..."⁸

Durante el mes de octubre los pescadores de Puerto Madero⁹ estuvieron inactivos más de tres semanas, y aislados de Tapachula por tierra durante una semana entera.

Desde el primer día en que se declaró la inundación, por propia iniciativa, don Manuel del Valle, propietario de una palapa tiburonera y de lanchas de fibra de vidrio equipadas con motor fuera de borda, se dedicó junto con "sus pescadores" (aquellos que lo apoyaron voluntaria y espontáneamente) a recorrer la ribera litoral en sus embarcaciones para llevar alimentos, medicinas, mantas y hasta combustible comprados por él mismo y que tenía almacenados para su uso personal y el de "sus pescadores".

Don Manuel solicitó apoyo a otros "palaperos"¹⁰ de Puerto Madero para ampliar su radio de acción, pero ninguno de ellos aceptó dárselo. De hecho el resto de "palaperos" que aún habitan en Puerto Madero abandona-

⁸ Palabras de Gabriel Mendoza, pescador tiburonero en Puerto Madero en entrevista con la autora en noviembre de 1998.

⁹ Información sobre los pescadores artesanales de Puerto Madero y de El Soconusco en su conjunto en: Alcalá, Graciela 1995 "Situación y perspectivas de los pescadores artesanales de El Soconusco" en: Anuario 1994. CESMECA de la UNICACH, Tuxtla Gutiérrez, pp. 329-382. Alcalá, Graciela 1996 "Una aproximación al desastre: La modernización impuesta a los pescadores de El Soconusco" en: Anuario 1995, CESMECA de la UNICACH, Tuxtla Gutiérrez, pp. 125-153.

De próxima aparición: Alcalá, Graciela 1999 *Con el agua hasta los aparejos. Pescadores y pesquerías en El Soconusco, Chiapas*, CIESAS-CESMECA de la UNICACH- CIAD, México, 287 pp.

¹⁰ En Puerto Madero existe la Asociación de Tiburoneros, A. C., fundada a principios de la década de 1990. Esta es una organización que aglutina a la mayor parte de los propietarios de palapas tiburoneras con el fin de obtener el apoyo gubernamental para la pesca y a través de la cual sus miembros tramitan, entre otros servicios, préstamos de instituciones bancarias con el fin de adquirir embarcaciones y equipos de pesca.

ron el poblado para irse a refugiar a Tapachula o a otras ciudades del país, “olvidándose de su gente, dándole la espalda al pueblo pues, de dónde han sacado todo lo que tienen!” me comentaba doña Laura López, administradora de la palapa de don Manuel del Valle, con franco enojo.

La organización de las tareas espontáneas de rescate se llevó a cabo entre seis personas: Manuel, su esposa, y cuatro “capitanes” de embarcación que me han pedido que no mencione sus nombres porque dicen:

“Hicimos lo que hicimos por la gente, por la necesidad, porque no había quien ayudara a tanto damnificado, no para que nos entrevistaran los de la televisión, que también llegaron y los de la radio... No. Nosotros somos de aquí pues. Ni modo que no hiciéramos nada!”.

Participaron también en las faenas de rescate y ayuda a los damnificados veinte tripulaciones formadas por dos hombres cada una. Cincuenta pescadores se turnaron durante diez días aproximadamente para realizar dichas tareas. En tierra, cerca de 30 mujeres y un número similar de “chamacos” apoyaron la tarea con lo que cada uno podía: trabajo, víveres, ropa usada. Ninguna de estas personas recibió un salario ni ningún otro tipo de pago: sólo tuvieron “comida gratis”: la misma que llevaban a los damnificados.

Manuel del Valle juntó en su palapa todos los materiales que consideró necesarios para avituallar diez embarcaciones, mandando que en todas ellas se llevaran dos motores, “uno chico y uno grande: el grande para andar por la orilla (del mar) y el chico por si se necesitaba para luego de entrar a los ríos que desembocan en el mar”.

Estos hombres recorrieron en sus lanchas, por entre “tumbos de agua”, árboles desgajados, y todo “lo que aventaba el río” más de ciento veinte kilómetros de litoral, entrando en El Zacatal, en la barra de San Simón, la barra de San José, el estero El Hueyate, la barra y el estero de San Juan y la laguna del Viejo.

Luego de los primeros viajes supieron que deberían llevar también combustible para las embarcaciones de los pescadores de las lagunas costeras que habían quedado sin comunicación y cuyo combustible se había agotado en viajes de prospección y de salvamento de vecinos de río arriba o de las orillas de los esteros y manglares.

En cada embarcación se llevaban pilas, “aluzadores” (lámparas de mano), cerillos, mantas y ropa usada, galletas, comida preparada, agua de

pozo en bidones en donde normalmente llevan el combustible para las lanchas y que fueron lavados prolijamente con cloro. La escasez de agua era uno de los problemas más acuciantes entonces porque debido a la inundación “toda el agua dulce se ensució”. Además lograron conseguir harina y latas de sardinas y de atún, pero rápidamente se dieron cuenta de que era mejor llevar sólo alimentos preparados porque “los damnificados no tenían cómo hacer fuego, menos abrelatas, verdad?”

La esposa de Manuel y doña Laura López organizaron la colecta de ropa usada y prepararon decenas de ollas de alimentos: frijoles cocidos con tomate y cebolla y sopa de pasta “no muy caldosos” para que no se derramaran durante el trayecto en la embarcación, arroz, huevos cocidos, tortillas (“no muchas porque ni había con qué hacerlas... si ni los de Maseca llegaban!...”), sandwiches de pan de caja untado con mayonesa, frijoles y atún de lata desmenuzado, azúcar y café soluble.

La palapa de Manuel se habilitó como centro de operaciones (“De aquí no salimos durante varios días”). Se hicieron fogones para cocinar con leña que “los chamacos” recogían en los alrededores, pues el suministro de gas estuvo suspendido también por más de diez días.

Las mujeres e hijas de algunos pescadores, junto a la esposa de Manuel y a doña Laura cocinaban en la palapa y colocaban las ollas de comida en las cajas y taras de plástico que luego los pescadores salían a repartirlas por los lugares ya mencionados.

Un par de días más tarde llegaron a la palapa de Manuel “los de la Marina”¹¹ y

“Un capitán que ni me acuerdo cómo se llama —contaba Manuel del Valle— me pidió a mis pescadores para que lo acompañaran a revisar el terreno llevar agua potable a la gente en sus lanchas inflables (unas lanchas buenísimas!). Me dijo que no podía creer que nosotros solos estuviéramos haciendo tantas cosas, y aquí mis pescadores se medio enojaron con él por eso, porque ya ve usted, la gente no entiende cómo se dicen las cosas por los militares y luego los de aquí siempre están molestando... pero ese creo que venía de México y se quedó muy apantallado con nosotros... cuando ya se fue (acabaría su misión, verdad?) vino

¹¹ El destacamento de la Marina se encuentra casi frente a las palapas tiburonerías de Puerto Madero.

aquí a despedirse y a decirnos que nosotros sí eramos buenos mexicanos. Y yo le dije: y que hubiera hecho usted?, Bueno, dijo él, yo soy soldado. Y eso qué! dijo uno de mis muchachos. No, pero muy buena persona ese capitán. El sí se iba por allá... y sin conocer!...

Posteriormente llegaron también a Puerto Madero

“Los de la Secretaría de Pesca, los de SEMARNAP, y ellos anduvieron repartiendo combustible y hasta motores a los de las cooperativas quesque porque ellos habían puesto sus lanchas y habían perdido motores y hasta lanchas... no sé. Pero aquí ni se pararon, ni preguntaron, y los tres motores que se acabaron y las dos lanchas que están en reparación... ‘pues bien gracias’, no?”

Así pues, sólo debido a que un palapero puso todo aquello de que disponía para ayudar a los damnificados, sin más interés que “salvar a esa pobre gente que se quedó sin nada” los pescadores de Puerto Madero pudieron también colaborar y mostrar de lo que son capaces cuando la situación apremia. Casi ninguno de ellos conocía las lagunas costeras ni había entrado por las barras porque su pesquería se encuentra en mar abierto.

Recién entonces se dieron cuenta de lo que sucedía a los camaroneros de las lagunas costeras, a quienes desconocían. Platicando con algunos de ellos mientras les llevaban combustible y basamentos los pescadores de tiburón de Puerto Madero se enteraron de que “esos están más jodidos que nosotros por la inundación” pues la avalancha acabó con sus encierros rústicos para la cría extensiva de camarón.

En marzo de 1999 me entrevisté en la Ciudad de México con el biólogo Juan Alonso Islas Moreno, director de acuicultura de la SEMARNAP en el estado de Chiapas, quien me confirmó que efectivamente TODOS los encierros rústicos de la costa de Chiapas habían sido dañados por la inundación, algunos muy severamente, de tal suerte que toda “la producción de camarón de los esteros se perdió”. Así la situación, la propia SEMARNAP está implementando hoy en día un programa de dragado con una inversión de 226 millones de pesos a invertirse entre este año y el próximo.

La SEMARNAP está organizando también comités de administración pesquera por sistema lagunero gracias a un fondo revolvente aportado por partes iguales tanto por la Secretaría como por FONAES.

“Y ahora ¿qué?”

No todos los pescadores tiburoneros de Puerto Madero estaban ahí cuando sucedían las inundaciones. Un buen número de entre ellos —120 aproximadamente—, hombres jóvenes y fuertes, se encontraban pescando tiburón en esas fechas “en el Norte”, en Guaymas, Sonora, (en sus alrededores más precisamente) hacia donde desde hace ya casi siete años se desplazan para montar campamentos pesqueros durante varios meses y aprovechar que “allá en el Norte no escasea el tiburón” como está sucediendo desde 1990-1991 en Puerto Madero durante los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre.

La comunicación entre ellos y sus familias era entonces imposible. Así que algunos pescadores soconusquenses que se encontraban en los campamentos sonorenses, al oír las noticias sobre lo que estaba sucediendo en Chiapas, regresaron como pudieron a Puerto Madero. Comprobaron que si bien sus casas se habían inundado, el desastre no había pasado a mayores y las noticias llegadas hasta ellos por la radio habían sido falsas.

Algunos de entre ellos ayudaron en las labores de apoyo a los damnificados y se volvieron una semana más tarde a pescar en Sonora. En diciembre de 1998 uno de estos hombres me decía cuando volvió al poblado para la fiesta a la Virgen de Guadalupe en Puerto Madero (fiesta que ese año se organizó con especial empeño para agradecerle a ella que los hubiese salvado de mayores tribulaciones):

“Y ahora qué?, qué cree usted que va a pasar con los camaradas que se los llevó la... con la inundación, eh? Porque si ya no tienen camarón en temporada, pues qué van a vender los pobres?... Aquí casi no pasó nada, pero esos quedaron bien jodidos.”

Para los pescadores de tiburón de Puerto Madero al parecer el paso del huracán Mitch no les ha traído consecuencias negativas inmediatas: faltaría conocer mejor las costumbres de los escualos para comprobar que efectivamente no habrá cambios significativos en su hábitat ni en su conducta a consecuencia del paso del huracán. Pero, ¿quién podrá informarnos sobre el particular? Seguramente habrá que esperar lo que descubra al respecto la propia observación de los pescadores.

En cambio, en las lagunas costeras, esteros y manglares de la costa chiapaneca ya se sabe que los encierros rústicos han desaparecido y que la

falta de crías de camarón arrastradas por las aguas hacia el mar, se perdieron. El presente y el futuro próximo de la pesca de camarón en los sistemas lagunares es un verdadero drama y plantea de nuevo, pero ahora con premura, la necesidad de encontrar vías alternativas a la pesca de camarón que sean capaces de mantener a la población litoral en los mismos sitios en donde se asienta.

Es preciso convencer a estos hombres y mujeres cuya vida depende de la pesca y la compra-venta de camarón en los sistemas laguneros, de que existe la pesca de escama diversa como alternativa, siquiera por mientras se reconstruyen los encierros rústicos.

Sin embargo no para todos estas inundaciones han sido un desastre. Para los pescadores de escama en las pampas de agua, quienes en su mayoría sufrieron la inundación pero continuaron viviendo en sus hogares, las grandes avenidas de agua dulce volvieron a hinchar sus pampas y éstas han recuperado cierta vitalidad que la escasez de agua dulce y su contaminación, así como el azolvamiento de las entradas de agua de mar, hacían temer hace tan sólo un par de años, el necesario abandono de esta olvidada pesquería.

Para los escameros de las pampas de agua, la situación actual presagia tiempos mejores. En diciembre de 1998 estuve con algunos de ellos y fuimos a pescar en sitios de los que desde hacía unos años se había apoderado la ganadería extensiva regional. Ahí, rodeados de un paisaje anegado de nuevo en donde estaban reapareciendo los pájaros de sabana inundada, los amigos Mendoza me decían:

“Verdad que ni se puede creer? Aquí andamos otra vez en donde ya se miraba puro monte, y vea ahí abajito de usted, ahí andan los animalitos nuevos (los peces) picando y picando... andan come y come... ya nomás que crezcan tantito los venimos a pescar de vuelta.”

Ahora es cuestión de intentar reorganizar las pesquerías de los sistemas lagunares para volver una alternativa atractiva la captura de peces mientras se trabaja simultáneamente en la recuperación de las pesquerías de camarón en ellos. Por otra parte es necesario incentivar también la pesca en las pampas de agua que han recuperado —por lo menos en parte— su potencial pesquero. Y, finalmente, es preciso atender la pesquería de tiburón involucrando a especialistas en el estudio del hábitat y de las especies de escualos que se capturan en la costa soconusco con el fin de contar con información precisa para administrar de manera adecuada su explotación.

Si bien las consecuencias del paso por estas aguas y estas tierras del huracán Mitch han sido desastrosas en muchos aspectos, particularmente en lo que se refiere a la destrucción de las comunicaciones terrestres, al deterioro de la ganadería extensiva, y al destrozo causado en las plantaciones de frutas para exportación en la llanura costera chiapaneca, ésta situación de crisis podría ser convertida en la oportunidad de intentar organizar el desarrollo pesquero, agrícola y ganadero de la costa con otra lógica distinta a la lógica exclusivamente productivista y excluyente que hasta ahora ha imperado en todos los rubros.

Sería mucho más racional, dadas las condiciones imperantes hoy en día, que se apoyara la diversificación de las pesquerías en los sistemas lagunares y que, en las crecidas pampas de agua se suspendieran las obras de desecamiento, ayudando de esta manera a que sus pesquerías de escama volvieresen a tener cierta importancia para los vecinos del lugar.

Por primera vez desde hace por lo menos diez años que conozco la región, un fenómeno natural y la irracionalidad de la explotación ganadera y agrícola de la costa han provocado una tragedia económica cuyas dimensiones rebasan lo dicho hasta ahora. Pero también, por primera vez en décadas, esta circunstancia ha posibilitado el acercamiento y la solidaridad entre miles de soconusquenses que nunca siquiera se imaginaron haciendo lo que han sido capaces de hacer por sus paisanos en desgracia. Ese acercamiento y, sobre todo, la experiencia de conocerse entre sí y de saber de las circunstancias particulares que tienen cada uno de los grupos de pescadores artesanales de la región, abre múltiples posibilidades de cooperación que no es posible desperdiciar en estos tiempos de crisis que les ha tocado vivir.

Ojalá que estas nuevas muestras de solidaridad entre los pescadores de distintas zonas y sus vecinos, sean la puerta de entrada hacia un entendimiento mutuo de sus circunstancias en tanto colegas de oficio, y a la colaboración de todos ellos en la construcción de un futuro más propicio a sus intereses en tanto grupo social productivo en la región. Ojalá que las autoridades propicien las relaciones entre pescadores de tan diferentes pesquerías y reconozcan su valor para enfrentar unidos la administración del desarrollo pesquero racional en El Soconusco.